

y no creo.

LUIS. (Dirigiéndose rápidamente á la brecha de la muralla y volviendo al momento.) Margarita, puesto que usted lo quiere, escuche usted bien. La amo á usted, es cierto; y nunca un amor más puro, más desinteresado, más santo se ha encerrado en el corazón de un hombre!... Pero ni este amor, ni otra mira ménos noble, me han traído á su casa de usted. Este amor ha nacido despues... no sé cómo, porque el amor no se explica... como ha nacido el de usted... el de usted, sí, porque usted también me ama, pobre Margarita, y sin embargo, me mata! ¡me desgarrá el corazón!... ¡Como mi corazón la pertenece, puede usted hacer de él lo que quiera; pero mi honor es mío y debo guardarlo! Y por este mismo honor en que usted no cree, la juro que si muero, usted me llorará, conociéndome demasiado tarde, y que si Dios salva mi vida, por mucho que adore á usted, y aun cuando la viera de rodillas delante de mí, nunca aceptaré una fortuna de su mano, nunca! Y ahora, ruegue usted á Dios por mí, porque sólo un milagro de su infinita providencia puede salvarme. (Corriendo hácia la plataforma.)

MARG. (Precipitándose en la misma dirección, extiende los brazos y le detiene.) ¡Dios mío! ¡No quiero! ¡no quiero!

LUIS. Tranquílcese usted, esas ramas, esos árboles me servirán de punto de apoyo; y además, ¿qué me importa la vida?

MARG. ¡Oh! ¡yo no quiero! olvide usted lo que le he dicho... ¡Por compasión! ¡Oh! ¡no quiero!

LUIS. (La rechaza y trepa sobre la plataforma. Se oye de nuevo el coro á lo lejos.) ¡Oh! ¡no! déjeme usted!

MARG. (Cayendo de rodillas sobre los escalones de la brecha.) ¡Desgraciado! ¡buscas la muerte!

LUIS. (Arrojándose desde la plataforma.) ¡Salvo mi honor!

MARG. (Exhalando un grito terrible.) ¡Ah! (Cae desmayada.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO Y CUADRO CUARTO.

ACTO TERCERO.

CUADRO QUINTO.

Un gabinete en la casa de campo de Novos, puerta al foro y laterales, mesa, butacas, lámparas ó candelabros con velas encendidas.

ESCENA PRIMERA.

DON RICARDO, el DOCTOR GONZALEZ, DOÑA ELENA, DOÑA TRINIDAD, LUISA, FABIAN, próximo á la puerta del foro. Todos parecen inquietos y preocupados.

ELENA. ¿Conque dice usted que salió á caballo, Fabian?

FAB. Sí señora.

ELENA. ¿Sola?

FAB. Sola.

ELENA. ¿Á qué hora?

ELENA. Á eso de las cuatro y media.

RIC. ¿Margarita entonces no pensaba ir esta noche al baile de los de Herrasti?

ELENA. Sí, por eso no acabo de explicarme su tardanza. Aseguro á usted que estoy muerta de inquietud.

DOCT. Tranquílcese usted, doña Elena, ya sabe usted que

- Margarita prolonga algunas veces sus paseos hasta muy tarde.
- ELENA. Pero nunca hasta de noche. ¿Se puede saber hácia qué lado ha ido?
- LUISA. Si el señor Velasco estuviese aquí... él podría tal vez decirnos...
- ELENA. Tiene usted razon, Luisa... Fabian, diga usted al señor de Velasco que tenga la bondad de venir.
- FAB. Señora, don Luis ha salido tambien á caballo despues de comer y aún no ha vuelto.
- RIC. ¿Y sobre qué hora sería, Fabian? (Como si entrase en sospecha.)
- FAB. Sería poco ántes de las cuatro.
- RIC. ¡Ah! (Cambiando una mirada de inteligencia con Luisa y Doña Trinidad.)
- ELENA. ¡Dios mio! ¡qué idea! (Preocupada.)
(Una pausa en que todos parecen cortados: D. Luis aparece á este tiempo en el foro, muy pálido y salpicada de sangre la frente.)

ESCENA II.

DICHOS, D. LUIS.

- LUIS. No es nada. (Sonriendo y hablando dentro.)
- DOCT. ¡Amigo don Luis! ¡qué pálido viene usted! ¿qué trae usted en la frente? ¡Es sangre!
- LUIS. ¡Oh! nada... mi caballo que se ha asustado de su sombra y me ha tirado en una zanja aquí cerca.
- ELENA. ¡Dios mio! ¿Se ha hecho usted mucho daño?
- LUIS. No señora; no ha pasado del susto, y de un ligero vahido.
- ELENA. ¡Esta es tarde de desgracia!
- LUIS. ¡Tarde de desgracia! ¿Pues qué ha habido?
- ELENA. ¿Cree á usted que mi hija no ha vuelto á la hora que es?
- LUIS. ¿La señorita Margarita? La he encontrado yo.
- ELENA. ¿La ha encontrado usted?... dónde?... á qué hora?

- LUIS. Á eso de las cinco... en el camino... ella iba y yo venía... nos hemos cruzado.
- ELENA. ¿Y no le ha hablado á usted?... ¿No le ha dicho?...
- LUIS. Me ha dicho que iba á ver las ruinas del castillo de Urbietta.
- ELENA. Las ruinas de Urbietta. ¡Dios eterno!... Aquello está cercado de bosques... ¡pobre hija mia!... se habrá perdido... es preciso ir corriendo... quiero ir yo misma... Fabian, haga usted que enganchen inmediatamente... mi chal, mi sombrero, corriendo!
- TRIN. Yo voy con usted, querida prima.
- RIC. Y yo las acompañaré á ustedes, á caballo, si me lo permiten.
- ELENA. Sí, sí... venga usted tambien, Doctor... vamos pronto, vamos. (Váanse todos ménos D. Luis.)

ESCENA III.

D. LUIS, á poco FABIAN trayendo una palancana.

- LUIS. ¡Ah! ¡era tiempo! (Déjase caer sobre una silla; sale Fabian.)
- FAB. Aquí tiene usted el agua, señorito. ¿cómo se siente usted?
- LUIS. Mejor, gracias, Fabian. (Moja su pañuelo en la jofaina y se lava la frente.)
- FAB. ¡Oh! ¡eso no será nada... una caída de caballo cuando no deja en el sitio... pero con todo, debe sentirse una sacudida!... Yo he tenido suerte hasta ahora... en cuarenta años que llevo montando á caballo no me he caído nunca... por eso no puedo hacerme una idea del efecto.
- LUIS. ¿Ha soñado usted alguna vez que se caía de lo alto de una torre?
- FAB. ¡Oh! sí señor, muchas veces.
- LUIS. Pues ese es el efecto... súpalo usted.
- FAB. ¡Ah! oiga usted, señorito, mientras usted (con misterio.) recibía ese golpe ahí fuera, yo he recibido aquí dentro otro que tampoco me ha hecho ningun bien.

- LUIS. ¿Cómo?
FAB. Quiero contárselo á usted para que me aconseje... porque, la verdad, hay cosas que no se pueden digerir... Hará una hora poco más ó ménos pasaba yo por cerca de la estufa, cuando héte aquí que siento crugir la arena del paseo, y despues como dos voces que cuchicheaban... Díjeme: ¿quién estará á estas horas cuchicheando en el jardín? Agazapeme detrás de la espesura, y ¿que es lo que veo?
- LUIS. ¿Qué es lo que ves?
FAB. Veo al aya con el señorito don Ricardo... que se hablaban al oído, y muy cerquita... tan cerquita que á lo último, oí, con perdon de usted...
- LUIS. ¿Qué? (Fabian se besa su propia mano con ruido.) ¡Ah!
FAB. ¡Como usted lo oye, señorito! ¿Qué tal, no es eso para encenderle á uno la sangre? ese caballereito, que quiere casarse con la señorita, y que entre tanto no se para en barras... Pero eso no puede quedar así, y voy á contárselo á la señora.
- LUIS. Fabian, no... nunca se debe delatar... no diga usted nada. (¡Habrà loca!) ¿Está la señorita Luisa en casa?
FAB. Sí señor.
LUIS. Pues bien, llámela usted... dígala usted que deseo... (Luisa se presenta á este tiempo.) Déjenos usted, y silencio. (Á Fabian que se va.)

ESCENA IV.

LUISA, D. LUIS.

- LUISA. La señora me ha encargado que vea si usted... ¿necesita usted nada?
LUIS. Nada, Luisa, gracias. Pero tengo que hablar con usted.
LUISA. ¿Conmigo?
LUIS. Sí... usted me ha retirado su amistad, pero yo le he conservado la mia, y voy á probárselo.

- LUISA. Hable usted.
LUIS. (Sencillamente.) Pues bien, hija mia, usted camina á su perdicion.
LUISA. ¡Don Luis!
LUIS. Hay una persona que ha visto á usted, que la ha oído hace una hora... en el jardín.
LUISA. ¡Cielos! ¡Ah! Señor de Velasco... le juro á usted...
LUIS. ¡Oh! estoy persuadido de que esa novela de parte de usted es inocente, pero de la otra, tal vez no lo es tanto.
LUISA. ¿Qué sabe usted? (Con enojo.) todos los hombres lo son...
LUIS. ¡Ah! ¿sería usted mala, Luisa? (Friamente.) en ese caso no he dicho nada y... (Le saluda como para retirarse.)
LUISA. ¡Señor don Luis! ¡por Dios! ¡Ah! ¡perdóneme usted... y tenga compasion de mí! Figúrese usted cuál puede ser el pensamiento de una pobre criatura como yo, á quien han tenido la crueldad de dar un corazon, un alma, una inteligencia... y que no puede servirse de ellos más que para sufrir y para aborrecer... ¿Qué había yo hecho al cielo para merecer este destino? ¿Por qué yo, y no esas mujeres? Ciertamente que yo había nacido tan bien como ellas para ser buena, amante, caritativa. ¡Eh! que no digan; el hacer beneficios cuesta poco cuando uno es rico, y la bondad es cosa fácil para los que son felices! Si yo me hallase en su lugar, y ellas en el mio, no me querrian ni más ni ménos que yo las quiero... no se quiere bien á los que á uno le mandan.
LUIS. ¡Luisa! ¿qué dice usted!
LUISA. ¡Ah! sí, sí. Le repugno á usted, no es esto? ¿Le indigno? Va usted á aborrecerme ahora más que nunca... Usted, que con una palabra hubiera podido volverme el sosiego... la estimacion de mi misma... usted, á quien he debido por la vez primera, un pensamiento de felicidad... de porvenir... de orgullo! ¡Ah! desdichada de mí! (Llora.)
LUIS. ¡Luisa, por Dios!... Yo no olvidaré en mi vida el afecto que usted me demuestra, pero no me pertenezco... tengo deberes que me encadenan... Y aun cuando qui-

siera, sépalo usted, no puedo pensar en casarme.

LUISA. ¡Ni aún con Margarita! (Con amargura.)

LUIS. No veo á qué viene aquí el nombre de Margarita.

LUISA. ¡Ah! Leo claramente el pensamiento de usted... y hace mucho tiempo; téngalo usted entendido... sé quién es usted... y la presa que codicia... Pero tengo medios de desenfimascarle, de perderle y haré uso de ellos.

LUIS. Puede usted hacer lo que guste, y con tanta más confianza, cuanto que en el terreno de la difamacion y de la calumnia no la seguiré jamás. La empeño á usted de antemano mi palabra y me retiro. (Vase por la derecha.)

ESCENA V.

LUISA, á poco MARGARITA, D. RICARDO, DOÑA ELENA.

LUISA. Sí, aun cuando me pierda con él... le he de perder y he de herir ademas en medio del corazon á esa mujer insolente! ¡Ah! ¡seré feliz un momento al ménos!... (Salen Doña Elena, Ricardo y Margarita)

ELENA. Ea, por fin la hemos hallado, gracias á Dios.

LUISA. ¡Ah! ¡querida señorita, (Corriendo á ella.) ya está usted aquí! ¡qué alegría! ¡estaba muerta de inquietud! ¿Y dónde estaba usted? ¿qué ha sucedido?

ELENA. Nos la hemos encontrado á una legua de aquí... Firúrese usted que el guarda de las ruinas la había dejado encerrada en la torre por inadvertencia... y si no acierta á pasar por allí un campesino se queda en ella toda la noche.

LUISA. ¡Dios mio! qué miedo ha debido usted pasar.

MARG. Sí, he tenido mucho miedo. (Sombria y grave.)

RIC. Señorita, vuelvo á repetirlo, sentiré toda mi vida no haber estado al lado de usted. En tales ocasiones es cuando se aprecia el corazon de un hombre. (Bajando un poco la voz.)

MARG. ¿Qué hubiera usted hecho?

RIC. ¿Qué hubiera hecho? (Con entusiasmo.) Yo... (Con más ti-

bieza.) no lo sé.

MARG. Pues bien, piénselo usted.

ELENA. (Que se ha quitado el chal y el sombrero.) Y ahora vamos á cenar. ¿no es esto? Trinidad nos está ya esperando en la mesa.

MARG. Yo no quiero cenar, madre mia... Este trastorno me ha quitado el apetito.

ELENA. ¡Pobre hija!... Ea, ¿viene usted, don Ricardo? (Cogiendo el brazo á D. Ricardo.) ¿Y usted, Luisa?

MARG. (Bajo á Luisa.) Tengo que decir á usted dos palabras.

LUISA. Bien, señorita. (Doña Elena y D. Ricardo se van por la derecha.)

ESCENA VI.

MARGARITA, LUISA.

MARG. ¿Está usted segura, Luisa, de que no se equivoca cuando dice que el señor Velasco es el marqués de Valleumbrio?

LUISA. Sin duda, señorita: ¿por qué?

MARG. Es que se engaña usted tan completamente sobre su carácter, que no sería extraño se hubiera usted equivocada en lo demas.

LUISA. No entiendo...

MARG. En todo caso, si es noble de cuna lo es tambien de corazon: yo salgo garante de ello.

LUISA. ¿Ha hecho usted ese descubrimiento recientemente?

MARG. Si, señora... ese jóven, poco me importa que se sepa, se hallaba á mi lado cuando he sido encerrada en las ruinas, y por salvar mi honra y la suya... porque yo le acusaba, ha arriesgado su vida... ¡se ha precipitado en un abismo!

LUISA. ¡Ah! ¡eso es heroico en efecto! El señor marqués sabe perfectamente el arte de utilizar sus talentos... ayer fué la natacion la que nos proporcionó aquella escena tan hábilmente preparada... esta tarde ha sido la gimnasia

Se ve que ha recibido una educacion brillante el tal jó- ven.

MARG. Lo que hay es que usted aborrece de muerte al tal jó- ven... (Estrando en sospecha.) y estimaré que me presente pruebas sólidas, formales, en pago de acusaciones harto apasionadas para no creerlas sospechosas.

LUISA. ¡Ah! ¡soy yo la sospechosa! ¿Quiere usted pruebas? Pues bien, (Sacando un papel del pecho.) ahí tiene usted una que no rehusará, porque está escrita de su puño...

MARG. ¿Qué?

LUISA. Escuche usted, escuche usted... ya es tiempo. (Leyen- do.) «Querido don Ignacio: sigo al pie de la letra las ins- trucciones de usted; pero, lo confieso, me siento veinte veces al día próximo á desfallecer ante tan pesada car- ga: para soportar lo presente necesito á cada paso poner ante mis ojos el porvenir que ha de remediar todas mis miserias, esa anhelada dote...»

MARG. (Apoderándose de la carta.) ¡Cielos!

LUISA. (Volviendo á cogerla y continuando.) «Esa anhelada dote que he jurado reconquistar. Serviré como el pastor de la Biblia cuarenta años si es preciso...» ¡Es lástima que se haya detenido aquí! Esta carta ha sido hallada y puesta en mis manos por doña Trinidad... Y bien, ¿qué dice usted ahora?

MARG. Llame usted á mi madre ahora mismo... ¡en el acto! No deténgase usted; ni una palabra, yo me encargo de to- do. (Abre la puerta de la izquierda y salen D. Ricardo, Don Luis, Doña Elena y Doña Trinidad.)

ESCENA VII.

DICHAS, RICARDO, D. LUIS, DOÑA ELENA, DOÑA TRINIDAD.

ELENA. (Á D. Luis.) ¿Conque no se resiente usted nada?

LUIS. No, señora.

ELENA. (Á Margarita.) Y tú, hija mia, ¿estás ya recobrada del susto?

MARG. (Con una alegría febril.) ¡Oh! perfectamente! y tanto, que me siento capaz de ir al baile y no parar en toda la noche... ¿Usted vendrá con nosotras, Ricardo?

RIC. ¡Oh! lo siento en el alma, señorita; pero mi traje, como usted ve...

MARG. ¡Oh! es preciso que usted venga... no hay fiesta com- pleta sin usted... bien lo sabe... vamos, yo se lo pido.

RIC. Señorita, agradezco á usted infinito esa insistencia, pe- ro verdaderamente...

MARG. Vamos, mire usted que lo tomaré á desaire... ¡Eh! no tiene usted más que irse ahora mismo á cambiar de traje y volverse corriendo... Yo me comprometo á es- perarle hasta media noche si es necesario.

RIC. Usted me confunde, señorita; pero si he de decir á us- ted la verdad, no tengo carruaje dispuesto... y me es imposible cabalgar vestido de baile.

MARG. (Vivamente.) Pues bien, haremos que le lleven á usted y le vuelvan á traer en nuestra carretela; nada, nada; está dicho. (Volviéndose hácia D. Luis y lanzándole una mirada terrible.) Señor Velasco, vaya usted á decir que enganchen... ¡Corra usted! (Esta orden y el tono de Mar- garita producen en los concurrentes una sorpresa que se revela por un silencio empachoso.)

ELENA. ¡Margarita! (D. Luis, cortado al pronto, se levanta con gra- vedad, y acercándose á la mesa apoya el dedo sobre un timbre. Fabian se presenta en el foro.)

LUIS. Fabian, creo que la señora tiene que dar á usted una orden.

MARG. Ninguna, váyase usted.

RIC. (Mirando á D. Luis.) Pues me gusta el modo de...

MARG. (Como para contenerle.) ¡Ricardo!

RIC. (Con tono provocativo.) No digo nada, señorita, no digo nada; pero séame lícito que sienta... no tener derecho á intervenir en esto.

LUIS. (Dando un paso hácia él.) Ese sentimiento, señor mio,

puede usted excusárselo, porque si no he creído deber obedecer las órdenes de esta señorita, estoy enteramente á las de usted y las aguardo.

RIC. ¡Ah! puesto que es así...

ELENA. Señores, ¿qué es esto? (Interponiéndose.)

MARG. Ricardo, necesito hablar con usted al momento. Tenga usted la bondad de acompañarme á la sala. Venga usted, madre mía.

RIC. (Inclinándose) Señorita... (Al tiempo de salir hace una seña con la mano á D. Luis.) Soy con usted, caballero. (Doña Elena, Margarita y Ricardo vánse por la izquierda, Luisa por la derecha; despues de haber lanzado una mirada á D. Luis.)

ESCENA VIII.

D. LUIS, FABIAN, que ha permanecido en el foro de la parte de afuera y ha presenciado la escena precedente.

LUIS. (Esta desdichada me ha cumplido su palabra. Pero ¿que ha podido decir? ¡Eh! qué me importa! No se trata de eso ahora!) Fabian, mi buen Fabian, ¿está usted ahí? Escuche usted.

FAB. ¡Ah! señorito, qué desgracia! (Acercándose.)

LUIS. Sí por cierto, es una desgracia... ¿pero qué quiere usted? Diga usted... El administrador de correos es un oficial retirado; segun creo, ha servido en el ejército?

FAB. Sí, señor. Por mas señas que fué herido cuando la guerra civil...

LUIS. Bien. (Colocándose á la mesa y escribiendo.) Eso es... Espere usted... voy á darle á usted para él cuatro letras, que me hará el favor de entregarle corriendo?

FAB. Sí, señor... ¡Pero qué desgracia, señorito! ¡N el tal don Ricardo, que en todo el país no tiene quien le iguale en tirar las armas! ¡Bribobazo!

LUIS. Déjelo usted, déjelo usted; no me comerá.

FAB. ¡Ah! si el señorito me permitiera que yo contase á las señoritas lo que he visto esta tarde en el jardín!

LUIS. ¡Desdichado! ¿Quiere usted que me tomen por un miserable, por un cobarde?

FAB. Dice usted bien, señorito; no es la ocasion.

LUIS. Vamos, ande usted; ¡dése prisa!

FAB. ¡Pero qué desgracia! (Yéndose.) ¡Dios mío! (Váse por el fondo.)

ESCENA IX.

D. LUIS, solo un momento; á poco RICARDO.

LUIS. (Reflexionando.) ¡Mi pobre hermana!... sí, terrible es, pero el honor ántes que todo. Cuatro líneas no más á don Ignacio, á todo evento. (Ricardo sale por la izquierda. Luis se levanta.)

RIC. (Con gravedad) Caballero, vengo á dar con usted un paso algo irregular y que no deja de costarme... pero obedezco órdenes que son para mí sagradas... Además, mis antecedentes ponen mi valor á cubierto de cualquier suposicion desfavorable... En suma, vengo comisionado por esas señoras para hacer á usted presente su pesar por lo que ha sucedido. Margarita, en un momento de distraccion, ha dado á usted poco há algunas instrucciones que no eran de su incumbencia. La susceptibilidad de usted se ha resentido justamente: todos lo reconocemos.

LUIS. Caballero, me basta con eso.

RIC. Deme usted la mano.

LUIS. Ahí está. (Dándosela.)

RIC. (Con menos tirantez) Y ahora, señor de Velasco, esas señoras esperan que un descuido momentáneo no las privará de los buenos oficios de usted, cuya importancia y valor aprecian. Por lo que á mí hace, me doy la enhorabuena de haber adquirido hace un instante el derecho de unir mis instancias á las suyas. Mis deseos de formar parte de la familia han sido bien acogidos.

LUIS. ¡Ah!

Ric. Y yo le agradeceré á usted sobremanera que no niegue su apoyo en vísperas de un suceso que circunstancias de familia, la salud del señor Novoa, nos obligan á precipitar. (Fabian sale trayendo una gran cartera.)

Luis. ¡Ah!

Ric. ¡Ah! gracias... (Toma la cartera y la coloca sobre la mesa; Fabian se retira al momento.) Aquí están precisamente los papeles del señor Novoa. Esas señoras, en testimonio de su ilimitada confianza, ruegan á usted que tenga la bondad, respetando naturalmente lo que debe ser respetado, de entresacar los apuntes y datos que se necesitan para extender los contratos, sin perjuicio de llenar más tarde las demas formalidades.

Luis. Bien está, caballero; cuente usted conmigo.

Ric. (Con llaneza y jovialidad.) Sí que cuento, señor de Velasco... y permítame usted que confie en que hemos de ser amigos... ¿no es verdad? ¡Ya se ve, como no nos conocíamos! Yo, lo confieso, tenía contra usted cierta prevención que á Dios gracias ha desaparecido. Usted por su parte me habrá juzgado tal vez algo temerariamente... pero ya me irá usted conociendo y verá que soy un buen muchacho... ¡Ah! no es decir que no tenga mis defectos, los he tenido y muy grandes, me ha gustado mucho el bello sexo... ¿Pero y qué? eso prueba que tengo buen corazón... Y en fin, ya estoy en el puerto... de lo cual, acá *inter nos* me doy la enhorabuena... porque empezaba á .. declinar... pero de hoy en adelante no quiero pensar más que en mi mujer y en mis hijos... y puede usted estar seguro, mi carísimo don Luis, de que mi mujer será completamente dichosa... es decir, todo lo que se puede ser con una cabeza como la suya... porque si se empeña en que he de ir á coger la luna y las estrellas con las manos, por darla gusto! ¡Lo que es eso, no! ¡eso es imposible!... Conque venga otra vez esa mano, (D. Luis se la da.) y corra á decir á esas señoras, que usted se nos queda á perpetuidad. (Al tiempo de salir.) (Hasta despues del contrato.)

(Váse por la izquierda.)

ESCENA X.

LUIS solo.

¡Y este es el hombre que juzga digno de ella! Sí, comprendo! Él al ménos la trae un caudal casi igual al suyo... es ménos sospechoso... ¡desventurada! ¡Ignora que en este mundo los más miserables no son siempre los más pobres! ¡En fin!... ¡Ah! ¡y además una mujer! se cree ofendida y echa mano de la primera venganza que se le presenta. Quiere ver con qué cara soportaré los tormentos... Pues yo la juro que esta frente ha de verla impávida hasta el pie del altar. ¡Su altivez palidecerá ante la mía! (Con dolor profundo.) En cuanto al corazón, ella no le verá. (Se sienta.) ¡Vamos á ocuparnos de su contrato!... Veamos estos papeles... (Abre la cartera y recorre los diversos documentos que contiene.) Veamos. Nada de esto es nuevo para mí... Títulos de pertenencia... nada reservado... ¡Algunas recomendaciones... á mis hijos!!! (De repente y con estopor.) ¡Mi apellido! ¡que quiere decir esto! ¡el nombre de mi padre! (Apostrofándose vivamente de uno de los documentos y lee apresuradamente.) ¡El marqués don Santiago de Valleumbrió, mi abuelo!.. sí... en las Américas... en Méjico teníamos nosotros por aquella época inmensos bienes... y, me acuerdo, sí... un administrador llamado Novoa! Pero aquel pereció con su hijo en la fatal noche en que mi abuelo sostuvo el último combate... veamos... (Lee.) «Al ver venir los acontecimientos mi padre tuvo cuidado de vender las haciendas!» ¡Su padre!... Será tal vez este anciano... (Lee.) «Teníamos orden de reunirnos durante la noche con la escuadrilla que debia acompañar á España á la fragata del general marqués de Valleumbrió!!! En la travesía dimos con un crucero francés... mi padre murió defendiéndose... á mí me dieron á elegir entre ser

fusilado inmediatamente ó revelar el secreto de la en-
senada donde se había refugiado la flotilla española. En
premio de aquella traicion me concedian el valor de las
haciendas vendidas, las sumas considerables de que era
portador...» ¡Cielos! «Yo era muy jóven, casi niño... y
cedí. Una hora despues, el general Velasco habia pereci-
do á bordo de su fragata!» ¡Miserable! ¡Ah! y despues re-
mordimientos, si... «Dios sabe que desde aquella época
he lavado con sangre enemiga y con la mia propia la
mancha echada en una hora de debilidad al pabellon de
mi patria!» Y para no sonrojarse delante de sus hijos se
ha guardado el fruto de su crimen... ¡Providencial!...
Pero entónces el que debe hablar como amo aquí, soy
YO. (Se levanta en un raptó de cólera.) ¡Y hablaré! ¡sí, ha-
blaré! Harto he sufrido! ¡Hartas afrentas he devorado!...
¡Eh! yo no soy santo! ¡En este corazon que han piso-
teado hierye la sangre! ¡Ahora lo verán! Esa mujer des-
piadada va á saber á su vez lo que es la humillacion.
Su soberbia va á sentir el peso del oprobio! Es una mu-
jer, bien lo sé; pero ahora tiene un defensor... Pues
bien, tanto mejor, que la defienda... (Ábrese la puerta de
la izquierda y óyese la voz de Margarita, que dice.)
MARG. Voy, madre mia. ¡Cielos... Velasco! (Margarita sale á la
escena y la atraviesa lentamente mirando á D. Luis. La resolu-
cion de ésto se desvanece ante aquella mirada. Margarita vá
por el foro derecha.)

ESCENA XI.

D. LUIS, solo.

¡Jamás! no, jamás, si depende de mí, el rubor de la ver-
güenza no empañará nunca esa noble frente. Este se-
creto, este secreto terrible no pertenece más que á mí...
Ese anciano, mudo ya como si se hallara en el sepul-
cro, no puede ni aun revelar... Pues bien... quede

destruido el tal secreto. (Quema el papel.) ¡Madre mia,
si mis faltas para contigo no están bastante expiadas;
acepta este sacrificio! Yo te le consagro... Vamos, está
dicho; salgamos, salgamos de aquí. (Mientras coge la car-
tera, disponiéndose á marchar, Doña Trinidad abre la puerta del
foro, ve el papel que arde en el suelo y se detiene a mirada.
Cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO Y CUADRO QUINTO.